

Ocampos Palomar, Emilio José (2025). *La poesía neoplatónica de Juan Valera. Estudio y antología*, Granada, Editorial Comares, 118 pp. ISBN: 978-84-1369-927-1

Alicia Reina Navarro
Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/dice.102675>

En el prólogo a su inadvertido volumen lírico *Canciones, romances y poemas*, publicado en el año 1885, el escritor de conciencia realista y alma idealista, Juan Valera, le confiesa a sus lectores, por medio de una carta pública dedicada a su buen amigo Menéndez Pelayo, que la esperanza de sus versos no es otra que la de alcanzar a «vivir en lo futuro en algunas almas, afines a la mía, donde despierte o suscite mi voz simpática resonancia» (cit. en 2025, p. 24).

Ese lector ideal, cuya alma afín ha acogido con encantadora cordialidad la de Valera, dando respuesta a su anhelo de simpatía espiritual, es Emilio José Ocampos Palomar, doctor en Estudios Filológicos por la Universidad de Sevilla y actual profesor de literatura española en la Universidad de Zaragoza. Este especialista en poesía finisecular ha sabido advertir –con lucidez y finura interpretativa– aquello que, por lo general, ha permanecido en segundo plano ante los ojos de una crítica más atenta a la producción novelística del autor de *Pepita Jiménez* (1874) o *Juanita la Larga* (1895): el genio, la erudición y la ironía de un poeta todavía poco reconocido, cuyos versos se inscriben en el horizonte del espiritualismo decimonónico –tal y como reconoció su tío, el político y escritor Alcalá Galiano–, en diálogo con la mejor tradición petrarquista, neoplatónica renacentista y cristiana, minuciosamente estudiada por Emilio Ocampos.

Esto se traduce, a nuestro juicio, en que la mirada realista de Valera, lejos de encadenarlo a los requerimientos estéticos de una moda, le proporciona las herramientas para observar con lucidez los signos de una estética en transformación. Frente a una sensibilidad moral dominante que había cristalizado en el género novelístico, propiciando una adhesión generalizada a formas de representación de la realidad que oscilaban entre la pretensión objetiva y la crudeza más descarnada, Valera despliega una conciencia crítica que sitúa su novela idealista –y especialmente su poesía neoplatónica– en un espacio de rebeldía silenciosa frente al creciente materialismo científico, al empirismo positivista y al endurecimiento del dogma religioso. En este gesto, Valera parece encarnar una presencia singular que desborda los márgenes del realismo convencional.

De lo anterior se desprende que su poesía de inspiración neoplatónica, rescatada en la antología inaugural que ha llevado a cabo el doctor Ocampos con la editorial Comares bajo el título *La poesía neoplatónica de Juan Valera* (2025), lejos de ser un anexo menor a su narrativa, constituye una clave reveladora de su pensamiento espiritual y estético. Este se inscribe en el amplio contexto de las inquietudes anímicas que atraviesan la Europa de fin de siglo, anticipando una crisis de sentido que no solo marcará el devenir del pensamiento moderno, sino que será especialmente sentida en el contexto español por las generaciones posteriores –muy sensibles al colapso de los valores trascendentales– que encontrarán en esa misma herida entre razón y espíritu, entre modernidad y perdida, un elucidario central para su creación poética y filosófica.

En este sentido, la lectura de Juan Valera en su faceta de versificador eruditio e idealista –hasta ahora desconocida para el público general y desatendida o infravalorada por parte de una crítica condicionada, según Ocampos, por «la lectura romántica y anticlasicista (o antigrecolatina) que asocia lo poético al sentimiento y no a lo racional» (2025, p. 10)– se vuelve una pieza de gran interés académico, reflexivo y estético para entender el entramado de una época tan compleja por sus contradicciones y tensiones internas como fue el siglo XIX. Valera se convierte, a la luz de esta elegante novedad editorial, en figura bisagra entre el clasicismo ilustrado, el realismo literario y el neoplatonismo poético, con espacio para la ironía moderna: una isla de poesía filosófica en su expresión no sistemática, próxima a una tradición espiritual europea (Ocampos trabaja con Plotino, Porfirio, Proclo, Petrarca, Ficino, Garcilaso, los místicos, etc.) que conectará con el simbolismo por encima de cualquier otra corriente vigente en el panorama literario de su tiempo (que se debate entre el declive del Romanticismo, la pervivencia de algunas de sus fórmulas más convencionales o esteticistas y la influencia de la poesía parnasiana, germen de la sensibilidad modernista).

La labor de Emilio José Ocampos se ha enfocado en tres áreas de acción: edición, selección y estudio. La edición revela un cuidado sentido estético y una acertada intuición editorial, ya que su presentación visual –presidida por el rostro angelical de la Venus de Botticelli– resulta sumamente sugerente. Esta elección iconográfica no solo invita a la lectura, sino que establece, desde la portada misma, una asociación inmediata

entre el contenido del libro y la tradición cultural del Renacimiento italiano. En lo relativo a la labor antológica, el trabajo de Ocampos es el del artesano que ha sabido extraer, de un original de más de quinientas páginas, la filigrana secreta que estructura la veta neoplatónica de la poesía valeriana, trazando sus tres vertientes fundamentales: el neoplatonismo greco-renacentista, el petrarquismo y el neoplatonismo cristiano. El resultado es una selección cuidada, ilustrativa y accesible por su concisión para todo tipo de público (especialistas, lectores cultos, estudiantes, curiosos, etc.). Y en lo que respecta al estudio introductorio, nos encontramos ante la voz crítica de Ocampos, que se caracteriza por sintetizar eficazmente la profundidad académica y la vocación divulgativa, conjugando el rigor del conocimiento sobre los clásicos con una expresión clara, inteligente y estilísticamente cuidada. Indagaremos en su contenido a través de los diversos ejes de sentido que hemos podido advertir a partir del análisis propuesto por Ocampos.

Como punto de referencia inicial para abordar su investigación, Emilio Ocampos establece un contexto crítico que sitúa la faceta poética de Juan Valera dentro de los márgenes del interés académico general. En efecto, Valera ha sido ampliamente reconocido como prosista, pero su poesía, comenta Ocampos, ha sido ignorada por la crítica contemporánea, pese a su presencia invariablemente necesaria en estudios y antologías del siglo XIX. Según este crítico, su lírica ha sido clasificada como culta, erudita, clasicista y reflexiva, lo que concuerda con dos reseñas que Ocampos rescata de Alcalá Galiano y Menéndez Pelayo, quienes, en su época, coincidieron en valorarla como «sabia» (cit. en 2025, p. 1), mezcla de estilo culto y llano, en conexión, como ya hemos mencionado anteriormente, con el espiritualismo.

Desde esta perspectiva contextual, Emilio Ocampos establece el estado de la cuestión al señalar la ausencia de un estudio sistemático sobre la lógica neoplatónica en la poesía de Valera. Su propuesta viene a ocupar, por tanto, un espacio ciego de la historiografía literaria en el periodo realista, el cual analiza a partir de una doble cuestión esencial: ¿qué es la poesía para Juan Valera a la luz de su particular concepción del arte y cuál es la consecuente función del poeta? Ocampos responde estableciendo un diálogo entre el idealismo estético de los versos de Valera (que unen la poesía inspirada del neoplatonismo griego y la poesía depurada del neoplatonismo renacentista) y las grandes voces de la tradición clásica que le sirven de correspondencia. El resultado es una comprensión del fenómeno lírico que entiende la poesía neoplatónica como una vía de conocimiento que combina, en virtud del examen de este especialista: a) el arte entendido como anamnesis, donde la belleza existe como forma esencial (*Idea*) que se revela a través de la labor del poeta, el cual no crea ex nihilo, sino que la identifica en su interior, la extrae y le da forma; b) el acto poético como proceso escultórico, lo que se vincula con una ética estética del cuidado del alma en un proceso de purificación interior; c) la poesía como expresión del tópico del amor como escritura del alma que imprime su huella en aquella que le corresponde; d) la palabra poética como revelación de lo que Dios ha escrito en lo profundo del alma como un sello invisible que el poema ayuda a hacer visible.

Así, la poesía para Juan Valera es, en su manifestación neoplatónica, aparición (*epifanía*) de la Belleza, trabajo de purificación interior, escritura amorosa del alma que manifiesta su luz interior y elevación del discurso poético a una experiencia teologal. Todo bajo una concepción de la realidad que objetiva la armonía y belleza del mundo material e inmaterial. Frente a esta expresión poética de evidente profundidad reflexiva, Ocampos lamenta la infravaloración de la poesía de Valera por parte de una crítica condicionada por una concepción antipoética de la erudición que se ha quejado tradicionalmente de unos versos más elaborados desde la razón que desde la música interior emocional.

Más allá de la influencia directa del neoplatonismo, Ocampos aborda también la huella del petrarquismo en los versos de Valera, en los que se manifiesta la idea de que la belleza del alma se refleja en el cuerpo. Esta concepción da lugar a una poesía de tono más íntimo y sensual, donde la contemplación de la amada concreta parece encarnar momentáneamente la Belleza ideal. Sin embargo, el paso siguiente en esta trayectoria poética es la intuición de que la mujer ideal no puede ser plenamente materializada, pues pertenece al orden de lo imaginario, lo simbólico y lo espiritual. Para explicar esta última idea, Ocampos establece una comparación entre la poesía de Leopardi –de tono pesimista– y la de Juan Valera, a la que atribuye una orientación más optimista. En este sentido, Valera plantearía un proceso poético en el que entran en juego los mecanismos de la imaginación, entendida como una forma de inteligencia poética. A través de la fantasía, el alma percibe la imagen ideal del ser amado; posteriormente, se alcanza una elevación del espíritu y una iluminación interior que expresan la realización de esa ilusión. La magia, en este recorrido, actúa para Valera, según Ocampos, como un camino místico que le permite descubrir lo oculto de la naturaleza, estableciendo una conexión a través de la poesía entre lo material y lo ideal. De todo ello, se deriva una concepción de la escritura valeriana como acto de creación intrínsecamente vinculado con la experiencia del amor y de la belleza a través de la sabiduría imaginativa del poeta.

Y en relación con la imaginación como vehículo para la reflexión y la creación poéticas, Emilio Ocampos analiza una última vertiente de influencia en los versos neoplatónicos de Juan Valera, en la que se incorporan rasgos del misticismo católico, representado por figuras como San Agustín y Fray Luis de León. A partir de esta tradición, distingue dos tipos de imaginación: una superior, de polaridad positiva, vinculada al alma y a la elevación espiritual, y otra inferior, de polaridad negativa, asociada al cuerpo y al mundo sensible. Esta diferenciación permite la aparición de temas en la poesía de Juan Valera como la desilusión o el desengaño amoroso, que se identifican con una falsa luz u oscuridad: una vibración más grave, en la que la polaridad negativa canaliza, siguiendo a Ocampos, el amor terreno y corrupto que da pie a elaborar un perfil anticipado de lo que en el Modernismo serán las mujeres impasibles o fatales. Esta sería, según la lógica de Valera, la representación simbólica del grado más bajo en la escala del amor, pero también la referencia que, por oposición, inicia el proceso de ascensión del alma a Dios a través del intelecto por la doble vía de la contemplación y la purificación.

Para finalizar su estudio, Emilio Ocampos introduce un elemento inesperado que sorprenderá al lector de la antología y que funciona como un sutil contrapunto para orientarse en la lectura de estos poemas dentro del contexto de una época dominada por el realismo. A pesar del profundo conocimiento que Valera demuestra sobre la concepción neoplatónica del mundo y las corrientes poéticas afines –como el petrarquismo y el misticismo cristiano–, y de su habilidad para trasladar ese horizonte espiritual a la expresión poética con notable armonía formal, el escritor andaluz se distancia, en el plano personal, de la doctrina neoplatónica. Esta distancia se manifiesta, como señala Ocampos, a través de la ironía (expresada en confesiones públicas y privadas), una actitud que le valió calificativos como los de «escéptico» o «humorista» (cit. en 2025, p. 21), y que introduce una inflexión crítica, casi moderna, en el interior de una poesía fundada en la idealización.

En definitiva, el estudio y la antología elaborados por Emilio José Ocampos descubren una dimensión hasta ahora poco explorada del novelista Juan Valera, quien también quiso canalizar su experiencia amorosa y religiosa a través de una poesía idealista de inspiración neoplatónica, en la que la creación lírica –tal y como nos explica este especialista– es sinónimo, por una parte, de una elevación del alma en la contemplación de la Belleza ideal (*anagoge*), y, por otra, de la «expresión del alma bella» (2025, p. 24), que anhela la unión amorosa tanto con la amada como con Dios.

Ahora bien, como ha sabido detectar Ocampos, el compromiso con lo absoluto encuentra en Valera una reticencia íntima y reconocible que, bajo el amparo de una licencia personal, podría entroncar perfectamente con la célebre súplica de Agustín de Hipona al sentir la llamada a la santidad: «Si loquieres, Señor, hazme casto, pero no todavía». A buen seguro, las almas que respondan con cordialidad a este juego de correspondencias esbozarán una simpática sonrisa, en cuyo gesto estará condensada la comprensión integral del poeta Valera: un autor sabio que, de tan sabio, supo dejar espacio para reírse de su limitación humana frente a su propio ideal del poeta-santo.

